

rosa, comprimiendo los latidos de su corazón, á que el joven llegase á la habitación que ella ocupaba.

Pero al subir se encontró con un hombre de mirada recelosa, que entraba precisamente en aquel instante en su casa y que al aperebirla la miró de reojo, con el labio caído y la cabeza erizada como la de un avaro.

Después se fijó aún más en ella, y la dijo secamente:

—¿Qué hacéis aquí?

—Nada.... Yo...., yo busco.... un refugio.... Quisiera evitar....

—¿Evitar qué? ¿Qué queréis decir? ¡No me agrada ver que rondan mi casa!.... ¿Quién sois?

—Vuestra vecina. ¡Habitó en el piso de abajo!

—¿Y qué me importa que seais mi vecina? ¿Acaso os conozco? ¿Os he hablado alguna vez? ¡Sois francesa!.... ¿Hay tantas aventureras de esta nación? ¡Pues bien! Si sois mi vecina, ¡bajad á vuestra habitación! ¡lo quiero! Bajad: os repito que bajéis,—dijo el hombre, cuyo arrugado rostro tomó un aspecto amenazador.

Genoveva se había sonrojado, palideciendo después, al oír la palabra *aventurera*. Retrocedió ante la amenaza de aquel hombre, y entre sus insultos y el peligro *del otro*, optó por el peligro, pensando que, después de todo, sir Carlos Harrisson era un *gentleman*, y no trataría á una mujer como aquel zafio avaro, que evidentemente tenía miedo de ser robado.

Carlos Harrisson salía justamente de la habitación de Cecilia cuando Genoveva apareció en la escalera. Movía la cabeza de una manera extravagante, diciéndose á media voz:

—¿Dónde estará? Pues me he divertido. ¡Está va-

cío el nido!.... Pues Cecilia me dijo que la encontraría aquí.... ¡Nadie!.... ¡Ah! (añadió con alegre expresión, aperebiendo á Genoveva.) ¡Os buscaba, señorita!

Estaba de pie delante de la puerta abierta, y era preciso que Genoveva pasara delante de él para bajar á la calle.

Fijó sus ojos en los del joven, para saber lo que podía esperar de él, si piedad ó injurias, y retrocedió instintivamente. Los ojos de sir Carlos estaban como los de un hombre embriagado, turbados y vidriosos.

Salía, sin duda, del banquete dado en el círculo, y sus labios conservaban todavía el olor del champagne y del sherry.

—¡Ah, desgraciada! (se dijo Genoveva.) ¡Estoy perdida!

Y después, resuelta á arrostrarlo todo, hasta la brutalidad de aquel hombre, evidentemente irresponsable de sus actos, se adelantó hacia él, y con enérgica voz le dijo:

—¡No es á mí á quien buscáis, como habéis dicho! ¡No puede ser á mí, puesto que no os conozco! ¡Dejadme pasar!

—¡Dejaros!.... ¿Dejaros pasar?... ¡Perdonad, y escuchadme, señorita!.... Soy muy rico.... Un capricho de la suerte quiere que vos seáis pobre.... Pero.... todo puede repararse...., todo.... Sí, todo.... Vuestra madre....

—¡Mi madre! (gritó Genoveva, con una voz capaz de conmover á una roca). ¿Es mi madre quien os ha enviado aquí?

—¡Sí, vuestra misma madre es quien me ha dicho que me amabais como yo os amo!

— ¡Ah! ¡Pobre, pobre de mí! ¡Miserable! ¡Miserable! (repetía Genoveva, desatinada.) ¡Dejadme pasar!

Y se precipitó en la escalera. Sir Carlos se adelantó á su encuentro, la cogió por ambas muñecas, acercando á la pálida mejilla de la joven su rostro encendido por el alcohol; mas, desprendiéndose bruscamente con la fuerza nerviosa que la prestaba el horror experimentado, Genoveva rechazó al joven, que, vacilando, retrocedió algunos pasos, riendo, balbuceando con aire estúpido:

— ¡Estáis furiosa! ¡Esto no es lo que me habían dicho!... ¿Me habrá engañado Cecilia?

Estas horribles palabras parecieron dar á Genoveva una agilidad extraordinaria.

Había saltado hacia la escalera, y descendiendo los peldaños de cuatro en cuatro, con riesgo de romperse la cabeza, corrió hasta la puerta de entrada, hasta la calle, y volviendo después la esquina de otra calle nueva, se confundió con la multitud, experimentando la sensación del que recobra la libertad abandonando una prisión en donde su vida estaba amenazada.

Marchó con paso rápido al azar, sin saber adónde iba, con la cabeza descubierta... Parecía una gacela huyendo al ser acosada por un cazador. ¿Adónde se dirigía? Lo ignoraba. Iba adonde él no estuviese, no pensando más que en evitar su encuentro.

La noche se acercaba. Genoveva, errante en medio de ese inmenso caos que se llama Londres, no abrigaba otro miedo que el de volver á su punto de partida, y tropezar con el que tanto terror le había causado.

Al llegar cerca del Támesis, dejó escapar un suspiro de satisfacción. Sabía que este río se hallaba muy lejos de su morada, y allí no era fácil que él la encontrase. ¡Estaba salvada! ¡Era libre!

—¿Qué voy á hacer ahora?—se dijo.

¿Volver á casa?

Un temblor convulsivo recorrió su cuerpo.

¿Intentar volver á París?

Pero.... ¿cómo?

Se había alejado del Soho como una loca, con un traje de seda, sin chal ni abrigo ninguno, y sin dinero; si hubiera sentido hambre, no hubiera podido entrar á comer ni aun en una taberna.

Mas lo que no admitía duda es que á ningún precio quería volver al lado de Cecilia. ¡Primero morir! Experimentó de pronto un inexplicable sentimiento de horror hacia su madre. ¡Comprendió en qué centro deletéreo, en qué sociedad viciada y corrompida había vivido! Acababa de adivinar, de saber qué clase de mujer era aquella á quien tenía obligación de amar. Una puñalada en el pecho no le hubiera causado un dolor más intenso.

Pensando así, y andando al azar, había llegado la noche. Las luces artificiales habían sustituido á la claridad del día. La vida nocturna, febril, ardiente, se presentaba á Genoveva en todo su apogeo. El ruido de ómnibus y coches que circulaban en todas direcciones, aquella muchedumbre que marchaba apresurada, ensordecía y asustaba á la pobre joven. Con frecuencia se fijaban en ella miradas siniestras, parecidas á las *del otro*, y algunos hombres que la sonreían le recordaban las sonrisas equívocas de su madre.

Entonces apresuraba el paso, y recordando lo

que había oído acerca de los ladrones y estranguladores nocturnos que infestaban las calles de Londres, se preguntaba si no debía pedir asilo en uno de los refugios donde la gran ciudad abriga de noche á aquellos desgraciados á quienes devora la miseria.

¡Si llegase á ser detenida por la policía! ¡Oh, qué horror! La policía, que la hubiera protegido el día antes, era ahora un peligro para ella, porque hubiera tenido que dar su nombre y sus señas, y hubiera sido conducida *allá abajo*.

¡Volver *allá abajo*!.... ¡Jamás, jamás! Y repetía esta palabra cien veces, como si hubiera sido la conclusión de todos sus pensamientos.

—¡Jamás!.... Pero si no vuelvo, ¿cómo voy á vivir? Sí; ¿cómo vivir en este océano de fango, sola, sin oficio, sin recursos ni abrigo, sin conocer á nadie?

Y este pensamiento le sugirió el siguiente:

—¿Y para qué he de vivir?

¡Sí; es preferible morir; es preferible desaparecer!

El vértigo del martirio invadía poco á poco el cerebro de Genoveva, que, aterrorizada, quería morir, convencida de que el reposo, el consuelo y el olvido no existían para ella más que en *la muerte*.

Tenía instintos de castidad, y prefería la muerte á perderla.

¿Cómo esté sentimiento había resistido á la grosería de la vida rústica, á la ignorancia en la cual había permanecido, y á los perniciosos ejemplos que la habían dado? ¡Hay flores aun en medio del fango!

—¡Pues bien, sí! (se dijo de repente Genoveva.) ¡Es mejor morir! Este es el mejor medio de olvidar tantos males.... ¡Morir!....

Y andando, iluminada por la esfera transparente del reloj de la torre del Parlamento que domina á Londres, Genoveva, exaltándose á medida que marchaba, se dirigió al lado en que había visto correr el Támesis, y llegó casi extenuada, pero resuelta á morir, al puente de Waterloo.

Era tarde, y no se veían ya transeuntes por aquel sitio.

—Sí (repetía la desgraciada); está decidido. ¿Qué espero en el mundo? ¡Nadie me ama! ¡Tengo miedo de vivir!.... ¡Voy á arrojarme al agua!

Después añadió:

—¡Si reflexiono, tendré miedo! ¡Vamos!

Y con paso firme descendió hacia el Támesis por la escalera lateral del muelle.

Genoveva no había cumplido aún diez y siete años.

En el momento en que, con los ojos cerrados quiso lanzarse al agua, sus pies parecieron clavarse de repente en el pavimento: una fuerza superior paralizó su voluntad, y calmó por un momento su desesperación. Acaso las angustias de la carne; sin duda el terror de aquella sima de aguas negras, cuya corriente formaba en la superficie pequeñas crestas de espuma, que parecían á Genoveva otros tantos brazos helados que se disponían á estrecharla. Su energía la abandonó, se sintió débil, y, aterrada, se retiró y volvió á subir la escalera.

Dominada por los terrores del suicidio, quería, al menos, antes de realizarlo, meditar, pensar todavía, y llorar antes de morir.

¡Morir ahogada, debía ser horrible! ¡Desconocidos recogiendo su cadáver, tocando con sus manos sus miembros helados!

Su imaginación la representaba lo que pasaría al día siguiente, y le parecía sentir ya el gancho de hierro de los exploradores del río, que penetraba en sus carnes.

Entonces no pudo resistir, y todo su dolor pareció agolparse á su garganta en forma de sollozos. La pobre joven se acurrucó contra el parapeto de piedra, y allí, con las rodillas sobre el pavimento, la cabeza entre sus manos, bajo la lluvia fría que comenzaba á caer, la desgraciada se puso á llorar amargamente.

Olvidada en aquel rincón del puente, Genoveva no observaba que en aquel momento un hombre se dirigía hacia ella, con el sombrero encajado hasta las orejas y los faldones de su traje arrastrando por el lodo.

¡Y qué traje! Aquello no era, había sido un traje, que el uso había hecho un pingajo. Una manga sola le quedaba; la manga izquierda. El brazo derecho aparecía flaco y desnudo bajo un resto de camisa hecha girones. Pantalones deshilachados en la parte inferior, y agujereados por las rodillas; un sombrero en otro tiempo gris, ahora abollado y grasiento; algo que parecía un chaleco, botinas que parecían recogidas la víspera de un montón de inmundicias. Y este hombre viejo, cargado de años, marchaba, sin embargo, derecho todavía, mostrándose orgulloso de poder circular libremente por las calles con semejante equipo.

Llevaba erguida su arrugada frente de viejo ciudadano inglés. Siendo un pobre, pero no un

bribón, sabía que los *ojos de gato* de la policía no tenían por qué inquietarle. Tenía el oficio de brendero durante el día, y una parte de la noche la dedicaba á recoger los pedazos de cobre ó hierro viejos, los detritus de la *City*, todo lo que se vende, se refunde y revive bajo una forma nueva.

El ojo y el oído alerta, prudente como un flanqueador del Far-West, reconociendo el camino en un país de pieles-rojas, el viejo Bob se adelantaba, interrogando el terreno para encontrar alguna herradura ó algún trozo de correa, cuando se paró, creyendo percibir en la sombra del parapeto, en el ángulo de la escalera que descendía al borde del río, un montón de trapos.

—¡Oh, oh, aquí hay botín! (se dijo.) Algún vestido viejo de *lady* arrojado por una criada que lo habrá usado hasta hacerlo un guñapo.

Mas al acercarse, el viejo Bob quedó sorprendido al ver delante de sí una bellísima joven acurrucada y temblorosa que lloraba.

—¡Á fe mía (dijo), que para descansar habéis elegido un extraño dormitorio! Si no tenéis alojamiento, ¿por qué no vais á *Work-House*?

El *Work-House*, ó casa de trabajo, se abre de noche en Londres para los pobres que no tienen asilo.

Genoveva aprendió, según hemos dicho, el inglés, después de las visitas de Carlos Harrisson, y lo hablaba bastante bien, con ese acento extranjero que no es jamás ridículo en boca de una mujer, sobre todo cuando es bonita.

Oyó la pregunta de aquel hombre, pero no le contestó, mirándole á través de sus lágrimas. La luz del mechero de gas, que alumbraba de lleno á

la joven, permitía al viejo distinguir aquel lindo rostro, casi infantil, si bien pálido y alterado por el terror, y notar que en la frente se destacaba una mancha oscura, que el viejo Bob tomó desde luego por una mancha de sangre.

—¿Estáis herida? (dijo.) Algún miserable....

Genoveva continuó guardando silencio.

El viejo la contempló más de cerca. No era una mancha de sangre, sino una marca caprichosa, cuya forma recordaba los pétalos de un ramo de flores.

—¡El *Viejo Nick* (el diablo) me lleve! (dijo Bob.) ¡Qué cosa más singular! ¿Quién será esta mujer?

El traje de seda que llevaba la francesa le daba un aspecto elegante. Así, el viejo Bob (filósofo cubierto de andrajos), después de haberse asustado, se echó á reír.

—¡Adivino, adivino!—pensó.

Después repuso en voz alta y con tono socarrón:

—¡Vamos, no hay que desesperarse de esa manera, corazón mío! ¡Con unos ojos como los vuestros, no se *aflige* jamás una mujer sobre las calles de Londres!....

Sea porque no comprendiese el lúgubre sentido de aquellas palabras, ó bien porque lo comprendió sobradamente, Genoveva había prorrumpido en sollozos, y su dolor se manifestaba demasiado punzante para penetrar la corteza de que el corazón del viejo vagabundo estaba revestido. Se aproximó más á la afligida, y suponiendo sin ninguna duda que se había equivocado en su primera hipótesis, pensó que esta niña debía pertenecer á alguna familia acomodada, cuyo hogar habría insensata-

mente abandonado á consecuencia de algún amorcillo. Con mucha dulzura, y casi enternecido, el viejo Bob aconsejó á Genoveva que volviese á casa de su madre.

—¡Mi madre! (dijo entonces la joven con espanto.) ¡Mi madre!

Y miraba al mendigo con terror.

—¡Vuestra madre! Sí (contestó el viejo Bob). Observo que no sois de este país.... Tenéis acento francés.... ¿No conocéis á Londres? Si queréis, Bob os conducirá....

—¿Á casa de mi madre?—dijo Genoveva con terror.

Y el tierno nombre de *madre*, dulce en todas las lenguas, produjo en la pobre joven una impresión tan fuerte, que, levantándose bruscamente, como si hubiera sufrido una sacudida eléctrica, se lanzó á la escalera y comenzó á descender sus peldaños, dirigiéndose de nuevo hacia el río.

Pero el viejo Bob, ágil y vigoroso á pesar de sus setenta y dos años, se lanzó en su seguimiento, y consiguió alcanzarla sobre el borde del muelle. La asió del brazo, y la contuvo.

Entonces, bajo el terror de una impresión vertiginosa que la fiebre aumentaba, Genoveva cayó de rodillas delante del anciano, cogió sus manos de color de tierra, y con voz entrecortada y anhelante, le dijo:

—¡Dejadme, dejadme morir; mas, por piedad, no hagáis eso! ¡No os hagáis su cómplice!.... ¡Conducidme á la prisión, á casa del juez, donde queráis; pero no me llevéis con ella!.... ¡No, con ella no!.... ¡Si supierais!.... ¡Os lo diré todo!.... ¡Sí, todo! ¡Oh! ¡pero no!.... (añadió, retorciéndose los brazos con

una terrible desesperación.) ¡No! Sería preciso acusarla, y yo, ¡no lo quiero, no lo quiero!

El viejo cazador de despojos no había revuelto menos el fango del corazón humano que el de las calles. Gracias á su experiencia en cuestión de lodos, adivinó en el espanto de la joven, en sus frases incoherentes comenzadas á veces en inglés y acabadas en francés, cuyo sentido se le escapaba, un drama odioso, horriblemente vil, pero, por desgracia, frecuente.

—¡Oh, oh! (murmuró.) ¡Entiendo! ¡Entiendo!
¡Una buena madre, pero que sabe *vivir*! ¡Conozco eso! ¡Todas las inmundicias no están en el sumidero!
Genoveva inclinaba la cabeza llorando.

Después de un corto silencio, con acento suplicante y dolorido, dijo:

—¡Señor! ¡ah! ¡señor!... ¡sois anciano y pobre, y habréis tenido necesidad de la piedad de otros!... No me rehuséis la vuestra. Soy una honrada joven, y porque quiero permanecer honrada me habéis hallado aquí. Quería morir, y me ha faltado el valor para matarme. ¡Sí; he sido cobarde! ¡Pues bien! ¡Conducidme á vuestra casa, señor! ¡Tenéis una mujer, hijos acaso; yo les serviré de criada! ¡Yo trabajaré día y noche para ganar el pan que me deis. No soy perezosa, y ganaré mi vida, pero quiero ganarla honradamente! ¡Ah! ¡Si volviese á ver á *aquel hombre* otra vez, me arrojaría por el balcón para acabar más pronto!...
Bob escuchaba atónito y conmovido.

Una emoción desconocida acaso para él había cambiado la expresión burlona que caracterizaba de ordinario la fisonomía del viejo mendigo. Para él, como para sus compañeros, la virtud era una no-

ción vaga, una tierra desconocida, cuya existencia no se discute, pero cuyas noticias importan poco. Y he aquí que bruscamente la virtud acababa de presentarse ante él bajo la forma de una niña, en la cual el septuagenario reconocía además una hermana, si no en pobreza, al menos en infortunio.

Por la primera vez de su vida, el viejo Bob se sentía inclinado á humillar sus harapos ante un vestido de seda.

—Mi pobre señorita (dijo, pronunciando esta última palabra en francés, procurando hallar una nota respetuosa en las cuerdas de su voz cascada); me habláis de mujer y de hijos. Una mujer y unos hijos, son todavía objetos de lujo, que yo he sido demasiado miserable para poder permitirme nunca. En cuanto á mi casa, un *bull-dog* de buena raza no la querría para acostarse en ella.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Quién vendrá en mi ayuda? ¿Quién?—gritó la pobre joven, lanzando un sollozo desgarrador, é interrogando á la noche con la vista extraviada.

El viejo Bob se rascó la cabeza bajo su sombrero, que estuvo á punto de caer en el lodo.

—Después de todo, si estamos dotados de inteligencia, no es mucho que nos mostremos menos feroces que las bestias. ¡Por vida mía! Si os sentís con valor para contentaros con mi choza, no os ofreceré en ella el puesto de una hija, entre otras razones, porque, á pesar de mi edad, no querréis aceptarlo; ¡pero esa choza, ese refugio, ese rincón donde vivo, os lo cederé por completo, si queréis, y le tendréis para vos sola, mi pobre niña!... ¡Oh! Esperad á verle para darme las gracias. No quiero engañaros. Por otra parte, me produce un efecto

tan particular el poder ser útil á alguien al cabo de setenta y dos años que hago uso de mis piernas, que aunque fuese en un palacio tan grande como *Somerset-House*, y bello como *Windsor*, me consideraría pagado, y bien pagado á fe de viejo Bob; ¡lo juro por San Gregorio! ¡Dar hospitalidad cuando se tiene apenas un techo bajo que cobijarse, es chusco!....

Genoveva no se encontraba en situación de reflexionar. ¡Estaba delirante! Le parecía que su miserable existencia no tenía más que dos cosas entre las cuales escoger: el regreso á casa de su madre para aceptar á aquel hombre que aparecía ante ella como infame, ó la muerte.

Todo lo que no fuese uno de estos dos desenlaces, le parecía la salvación. Por otra parte, tenía la superstición que el sufrimiento infunde á los débiles.

Este anciano había venido á arrancarla del suicidio: su destino, pues, era seguirle, porque representaba su salvación.

—¿Dónde vivís?—le preguntó la joven.

—Lejos de aquí. ¡En el barrio más pobre de Londres!

—¿Me hallaré allí bien oculta?

—Sí.

—¿Oculta hasta el punto que no sospechen que puedo hallarme allí...., que no me encuentren?

—Hasta el punto que la policía misma, que es, sin embargo, famosa entre nosotros (dijo con orgullo el inglés), no sabe quién vive ni quién muere detrás de nuestros muros!

—¿Cómo llamáis á ese barrio?

—¡White-Chapel!

—¡Pues bien! Sea todo lo triste que quiera vues-

tra morada y todo lo repugnante que queráis vuestra vida, conducidme, señor.... ¡Estaré contenta! ¡Me habré salvado! ¡Seré libre!

—¡Oh! ¡Eso sí, libre como la Reina misma, y más que la Reina, porque ella tiene su Parlamento! —dijo el mendigo.

Y recogiendo los girones que le arrastraban, y encasquetándose el sombrero en la cabeza, condujo á Genoveva, no obstante la obscuridad de la noche, á través de los barrios más sombríos de Londres, hasta el rincón donde la pobre niña debía encontrar un asilo.

La joven no se daba cuenta de nada, sino de que marchaba hacía bastante tiempo, que las interminables calles eran cada vez más estrechas, y que su guía la llevaba lejos, muy lejos, en aquel mundo inmenso.

¡Cosa extraña! Ni por un momento sospechó que aquella especie de sombra que marchaba á su lado pudiera ser un malhechor.

Ella también se había sentido atraída y emocionada por la voz del viejo Bob, gruñona al principio y llena de piedad después.

Le seguía confiada, sin experimentar temor al guno.

Por otra parte, aun cuando la hubiera arrastrado á una emboscada y la hubiesen estrangulado...., ¿no había estado poco antes resuelta á morir?

¡Pero no! Nada tenía que temer de aquel hombre, y la desgraciada, por el contrario, se sentía protegida y salvada por un mendigo que nada poseía en el mundo, por aquel anciano que, soportando la más dura de las existencias, le demostraba que no es á los diez y siete años cuando se debe morir.